

## **Situación actual de los Estados Unidos**

La guerra civil en que se encuentra envuelta la gran república del Norte ha venido a suministrar a los monarquistas europeos un pretexto para negar la superioridad de los principios republicanos, así como para animar a algunos de sus gobiernos a emprender a mano armada la propaganda de los absurdos e iniquidades que forman el fondo de sus doctrinas que por canales más o menos tortuosos conducen irremisiblemente a la degradación del ser humano y al imperio del despotismo. No traen a la memoria los partidarios de las monarquías, que ninguna de las modernas ha gozado período alguno de tan dilatada y completa prosperidad como el que han tenido los Estados Unidos a la sombra de sus leyes democráticas hasta la aparición de la actual contienda; y que esta misma es fruto exclusivamente de una de las bárbaras y funestas instituciones implantadas por los gobiernos monárquicos en el nuevo mundo.

La guerra civil de la Unión americana es la lucha de la democracia contra la esclavitud: lucha natural e inevitable, prevista desde muchos años por todos los hombres de Estado y los escritores que han figurado en este siglo entre los americanos del norte: pero que ha sido diferida constantemente por prudencia, en obsequio a la paz pública, y a fin de que no sirviese de acusación contra la estabilidad de los principios democráticos. Añadiremos también que si ha estallado ahora se debe no sólo a las dimensiones colosales que pretende asumir la esclavitud y a su última actitud agresiva, sino también a la influencia hostil de una diplomacia envidiosa de la prosperidad de los principios republicanos, que no contenta con haber legado un cáncer a la joven república se ha valido de él en nuestros días para amenazar la vida del cuerpo entero y producir la penosa convulsión que presenciamos.

¿Quién ignora que desde tiempo atrás ahora más que entonces la diplomacia europea ha explotado infatigablemente el antagonismo de

las instituciones libres con la esclavitud a fin de producir el trastorno que amenaza dividir y, por consiguiente, debilitar el poder de los Estados Unidos? ¿Quién no ve a las potencias europeas preparando de antemano y en silencio la guerra civil a cuya sombra pueden lanzarse sobre la América española, libres en su concepto de la intervención adversa de esa nación que tanto han tenido que respetar y temer? Sin la activa parte que han tomado por medio de sus agentes diplomáticos en traer a tan deplorable desenlace la cuestión sobre esclavitud es más que probable que la sensatez de los americanos habría hallado al fin una solución pacífica que hubiese dejado a cubierto la bien merecida reputación de la superioridad de su forma de gobierno.

Es verdad que la abolición de la esclavitud envolverá la caída de vastos intereses individuales que sería imposible encontrar de momento una compensación suficiente; que los Estados cuya producción se obtiene actualmente con los esclavos tendrían que sufrir grave deterioro aun en su posición política; que, en fin, sin tener en cuenta las costumbres sociales y las tradiciones de raza, la Constitución misma de la Unión así, como las de esos Estados, garantizan la permanencia de la institución de los esclavos. Graves como son estos obstáculos no pueden, sin embargo, considerarse invencibles; y para que se conozca a no dudarlo la exactitud de este juicio daré una idea cabal del estado de la cuestión.

Al emanciparse los Estados Unidos y constituirse en república parece natural que hubiesen abolido la esclavitud en su suelo; pero a poco que se medite se verá que una nación cuyas fuerzas y recursos se habían agotado en una larga y difícil guerra contra la primera potencia del mundo, cuya población era de todo punto insignificante para la extensión de su territorio, que necesitaba ante todo para conservar su nacionalidad hacerse fuerte aumentado en primer lugar su producción, industria y comercio y enseguida atrayendo habitantes a sus territorios, no era posible entonces que llevase a cabo la abolición de la esclavitud, por más humana y justa que debiese reconocerla.

En esos momentos la nueva república se creía, como hoy, llamada a salvar la libertad del mundo redimiendo a todos los pueblos de ese resto de los tiempos bárbaros y feudales, que llamamos monarquía; y para cumplir esa misión era necesario, ante todo, asegurar la independencia adquirida: fomentar las fuentes de riqueza que como consecuencia de la guerra habían quedado reducidas casi exclusivamente a la producción del terreno cultivado por los esclavos; y dejar, en fin, que la acción gradual pero infalible de la libertad atrajese al seno de la república una

masa cuya presencia hiciese innecesaria y por consiguiente produjese la extinción de la esclavitud. Fue la suprema ley de la necesidad la que indujo a tolerar, por entonces esa institución, a hombres como Washington y Franklin en quienes todos reconocen los más altos nombres en el cuadro de las virtudes de los tiempos modernos. Bastaba dejar la esclavitud encerrada en los límites que tenía para que desapareciese por sí misma; porque siendo un hecho probado por la Estadística que esa condición se opone a la multiplicación de la especie humana, su ulterior extinción tenía ser inevitable. Era conveniente, además, dar a la democracia el tiempo indispensable para educar al pueblo, reformar las costumbres y quitar al acontecimiento que se contemplaba todo lo que de otro podría tener de violento y peligroso.

La Constitución de los Estados Unidos dejó a cada Estado el derecho de conservar sus esclavos; pero prohibió, bajo severas penas, que se importasen del exterior y aun que se introdujesen los de aquellos Estados que los tenían a aquéllos que no habían querido admitirlos. De esta manera quedaba la esclavitud aislada, es decir, sentenciada a desaparecer.

Si se hubiese dejado la acción del tiempo libre de las bastardas influencias, que con manos impulsadas por un interés hostil han procurado entorpecerla y torcer su curso, no habría estallado la guerra civil que tan profundamente ha venido a afectar los intereses y a amenazar el porvenir de las dos Américas. La esclavitud se habría extinguido lenta y gradualmente sin conmoción y de un modo infalible. En esto los Estados Unidos han sido el juguete de la Europa; y he aquí de qué manera.

Los Estados libres y especialmente los seis llamados Nueva-Inglaterra, siendo los que gozan de instituciones más liberales, son los que han aumentado más su población, su industria, su comercio y en general todas sus fuentes de riqueza. El resultado necesario de este engrandecimiento ha sido una mayoría de representantes en el Congreso federal y el predominio consiguiente en la política de la nación: predominio a todas luces legítimo desde que se funda en las bases racionales y justas que acabo de indicar. Esto no impide, sin embargo, que extendida la educación republicana y el amor a sus principios en el seno de los Estados del Sur, el gobierno haya sido presidido durante una larga serie de años por ciudadanos de esta parte del territorio, así como antes lo había sido por los de la otra.

Tanto en el Norte como en el Sur existían los dos grandes partidos, *republicano* y *democrático*, aunque aquél prevalecía en la primera sección y éste en la segunda; y el poder ha cambiado de manos entre ellos, según

la preponderancia que adquirirían en la opinión general diversas cuestiones de política exterior, de administración entre otros aspectos. Después de una larga posesión de los goces del poder, el partido dominante principiaba a cometer algunos abusos: la opinión pública protestaba de ellos y en la primera elección de presidente el partido rival era elevado por el voto del pueblo, sin sangre ni tumultos. Uno de estos cambios produjo la elección de Mr. Lincoln, actual Presidente de los Estados Unidos.

Durante el período del último presidente *democrático*, Mr. Buchanan, se debatió en el Congreso la cuestión de la esclavitud, no ya considerada dentro de los límites en que la Constitución había querido encerrarla, sino haciéndola salvar esos límites y extendiéndola a los territorios. Los políticos del Sur, animados por las promesas de los mismos personajes europeos que atizaban el entusiasmo abolicionista de los del Norte, exigieron que la esclavitud pudiese ser introducida en los territorios que todavía no habían sido admitidos como Estados en la Unión; al paso que sus rivales les negaban el derecho de sacar tan funesta institución del espacio en que la ley le permitía vegetar. Tal es la cuestión que ha dado origen a la guerra civil.

El Norte se ha opuesto siempre a toda medida que favorezca el desarrollo de la esclavitud porque parte la contradicción de sus principios con esta institución dañaría gravemente a sus intereses la competencia del trabajo esclavo elevado a mayores proporciones, supuesto que inclinaría la balanza de la producción, la riqueza y la influencia política a favor del Sur. Éste es el motivo por el cual el Norte jamás ha permitido la anexión de Cuba; pues teniendo en tal caso que admitirla con sus instituciones actuales, el Sur contaría con un refuerzo de tres o cuatro Estados con esclavos, que sería la forma cómo se dividiría la isla al ingresar a la Unión Americana. Esta causa y no otra es la única que ha hecho que la España haya podido conservar sus últimas colonias en América.

Se ve, pues, que tanto el Norte como el Sur se han sometido siempre a los presidentes electos cualquiera que haya sido su partido y la sección donde hubieran nacido: que el dogma republicano existe en ambas secciones, quizá en grado diferente, pero siendo siempre en las dos en el fondo de la opinión pública, de manera que aun los partidarios de la esclavitud llaman a los Estados Unidos la *república blanca*, con alusión a los esclavos a quienes excluyen de los derechos políticos y aun de los civiles: que, por último, la misma cuestión esclavitud es en realidad más que una de principios abstractos, una de intereses positivos que afecta profundamente a las dos partes del país. Esta circunstancia es la que ha sido hábilmente explotada por la diplomacia europea para hacer esta-

llar la guerra, disolver la Unión y deshacerse de la única columna en que se apoya sólidamente la libertad del género humano, enemiga irreconciliable de los derechos hereditarios y de las demás injusticias inherentes a las constituciones monárquicas.

Mientras el partido democrático, favorable a las pretensiones de los Estados del Sur, ha permanecido en el poder faltaba a la Europa el pretexto para dividir la república. La elección de un presidente del partido republicano era, pues, una oportunidad que no debía dejarse pasar, so pena de que más tarde los esfuerzos por la disolución de la gran república tuviesen que ser extemporáneos, facticios y contradictorios a las circunstancias de su actualidad o a las que coexistiesen con ellos. Convenía, por consiguiente, aprovechar la exaltación de las pasiones hasta producir una explosión; y para este fin han concurrido varias causas que es fácil apreciar y que, por tanto, referiré sin comentarios.

Fuera del antagonismo producido entre los Estados *abolicionistas* y los *esclavistas*, por la índole de sus costumbres e instituciones, había de una y otra parte, como era natural, faltas y abusos que eran fáciles de explotar para que los ánimos se irritasen más cada día. De este número fue la tentativa de *John Brown* en *Harper's ferry* para proteger la fuga o promover la insurrección de esclavos. Lanzado por el entusiasmo o más bien por el fanatismo, acometió una empresa donde infringía las leyes del Estado agredido y aun la misma constitución federal; pero, vencido y apresado por sus enemigos, fue víctima de un simulacro de juicio cuyo resultado de muerte sabían todos haber sido resuelto de antemano. En muchas ocasiones anteriores habían sido ahorcados, aprisionados o expulsados del territorio del Sur hombres a quienes se suponía (con razón o sin ella) emisarios abolicionistas.

Al encono causado por este sistema de represalias ilegales se añadía la persecución incesante de las expediciones de africanos verificada por los buques de guerra de la Confederación. En sólo dos meses fueron apresadas en las costas de los Estados del Sur embarcaciones que contenían más de dos mil de esos desgraciados a quienes el gobierno federal mantuvo y transportó a su costa hasta ponerlos en "*Liberia*".<sup>28</sup> Si bien es verdad que eran norteamericanas algunas de esas naves, no es menos evidente que los útiles indispensables a la conducción de esa clase de cargamentos eran suministrados en las costas europeas a miserables traficantes de carne humana, violadores de las leyes de Dios y de los tratados internacionales.

<sup>28</sup> Pequeña república negra fundada en la costa de África por los Estados Unidos.

Por otro lado era incuestionable que el partido democrático que había dominado el país por una dilatada serie de años, y que era todavía muy poderoso, debiese estar dispuesto a aprovechar cualquiera circunstancia que le permitiese sustraerse al dominio de su rival: disposición que bien explotada había de conducirlo a que procurase crear la independencia del Sur a fin de tener un campo donde imperar solo y sin considerable oposición a su política. Esta causa no habría sido por sí sola bastante para ocasionar un rompimiento, y a destruir el admirable edificio de la Unión; pero unida a las anteriores y a la infatigable acción, no sólo de la diplomacia europea, sino también de las intrigas de algunos de los políticos de los Estados Unidos, era casi seguro que no tardaría en dar el resultado que se ambicionaba.

Alimentada la esclavitud por la importación de africanos. No ha sido posible extinguirla siguiendo las sabias previsiones de la ley. El número de esclavos ha seguido en aumento: la esperanza de libertarlos o hacerlos desaparecer conforme al espíritu de aquélla ha ido debilitándose y casi se ha perdido: los resultados económicos del trabajo esclavo en la producción pesaban duramente sobre el norte y prolongaban un estado de cosas verdaderamente anómalo por fundarse en la competencia tan desigual e injusta de la labor esclava con el jornal libre: el Sur posee el Misisipi y las dos terceras partes de las costas de los Estados Unidos, dominando así el comercio del golfo de México: en fin, cualquier desarrollo, cualquier extensión concedida a la esclavitud amenazaba destruir la justa proporción entre la riqueza y el poder de ambas secciones y romper para siempre el equilibrio de la república.

El partido democrático había intentado constantemente anexas nuevos territorios para establecer la institución de esclavos con más amplitud; había favorecido las invasiones contra Cuba; había propuesto oficialmente la compra de esta isla; era, en una palabra, tan infatigable en este sentido, que su continuación en el poder casi importaba la ruina del Norte. La alarma, la violencia, la exasperación, la guerra, podían brotar fácilmente de tal situación.

En esas circunstancias aparecieron uno tras otros varios príncipes europeos, entre ellos el príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra; el de Joinville; el príncipe Napoleón, entre otros, sin objeto alguno aparente en su viaje, y sin otro fin concebible que el de explorar el terreno y calcular las probabilidades para la ejecución del plan de trastornar la república, ejecución tan ávidamente anhelada por los monarcas y sus consejeros —diré aún más: tan absolutamente necesaria para la existencia futura de las monarquías.

La caída del partido democrático fue resuelta en las elecciones, y de aquí provino que el Sur *se negase a reconocer al presidente electo, y se declarase independiente*. Lo primero era indudablemente una rebelión contra la Constitución de los Estados Unidos y había el más perfecto derecho de destruirla a todo trance aun por medio de las armas. Lo segundo no podía realizarse sino obteniendo el consentimiento de todo los Estados o, a lo menos, pidiendo que reconociera y sancionara la independencia por el gobierno federal. Pero para esto mismo era forzoso reconocer al nuevo Presidente, pues de lo contrario no se podía solicitar su aprobación no siendo una autoridad legítima y competente, y no habiendo hecho el Sur tal reconocimiento, el nuevo mandatario tampoco quiso reconocer en su carácter oficial a los enviados de éste. Así es que el sur este se lanzó a las vías de hecho, se apoderó de muchas y muy valiosas propiedades de la Unión, como fuertes, buques, armamentos, etc., y se dio principio a la deplorable lucha que nos ha tocado la desgracia de presenciar.

Nada hay en ellas que afecte directamente el imperio de los principios republicanos y democráticos porque sólo se debate una cuestión puramente de política e intereses locales. Los mismos Estados del Sur no pretenden otra cosa que formar una segunda confederación calcada sobre la primera y aun más liberal que ella, si es posible, como claramente se ve por las franquicias que propone al comercio del mundo. En cuanto a la esclavitud, todo se reduce a que el Sur se imagina que la república no fue establecida para los negros; sólo son partidarios de *la república blanca* y creen que pueden existir como otra Roma republicana, con esclavos. El Norte por su lado sólo desea que el gobierno elegido por la mayoría del pueblo de los Estados Unidos sea reconocido por el Sur y que la cuestión de esclavos se desenlace de cualquier modo por su propia virtud. Aun la independencia sería otorgada a los Estados disidentes, una vez satisfecha, aquella primera condición que importa nada menos que el reconocimiento explícito de que la ley tiene derecho a ser obedecida: principio que es la más firme base de la prosperidad y el poder de la república.

No son las vastas dimensiones de una nación que se extiende desde uno hasta otro océano, ni la heterogeneidad de su pueblo, razones suficientes para que sea inevitable su desmembración. Hoy el telégrafo, el ferrocarril y el vapor han suprimido las distancias en los Estados Unidos; la variedad de las razas que los pueblan no les han impedido vivir y prosperar durante casi un siglo y, además, la gran masa de la población es mucho más homogénea que en ningún tiempo anterior, como se ve a primera vista comparando el número anual de inmigrantes con el de

nacidos en su territorio. Quizá no hay en toda la Unión ni una cuarta parte de extranjeros. Las predicciones de algunos grandes hombres, como Chateaubriand, que visitaron los Estados Unidos cuando se hallaban éstos en su infancia, no han debido ni podido cumplirse; porque faltaban a sus cálculos los datos más importantes, como la existencia de las redes telegráficas, las de los caminos de fierro y las líneas de vapores que no existían en ese tiempo y que han venido a modificar profundamente la naturaleza del país y las condiciones de su existencia.

Suponiendo, sin embargo, que llegue a disolverse definitivamente la Unión, se dividirá en dos repúblicas; porque todos sus hijos son republicanos, han nacido y se han educado así, y cualquier otra forma de gobierno no está en la opinión pública ni en el pensamiento de un solo norteamericano. Esas dos repúblicas serían por la fuerza irresistible de la naturaleza dos amigas, dos aliadas y dos hermanas, al mismo tiempo que por hallarse constituyendo nacionalidades diferentes serían una garantía para la independencia de la América española.

Funestos e irremediables por algún tiempo tienen que ser los males acarreados por la guerra civil a los Estados Unidos; pero sin duda no conocen su vitalidad asombrosa, y su fuerza, los que dudan de su poder para luchar con las monarquías y vencerlas. Si a favor de la guerra civil en que se hallan envueltos piensan algunos gobiernos europeos imponer a la América española tal vez hembras coronadas o bastardos ungi-dos, ellos mismos recogerán en breve el fruto de sus intrigas. Los Estados Unidos y las repúblicas españolas cumplirán su misión; y la libertad salvada en el mundo de Washington y de Bolívar, irá algún día a dictar leyes a la Europa, sentada sobre los escombros de sus tronos.

*¡OH LIBERTAD!*

*Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,  
en que darás a pueblos destronados  
su majestad ingénita y su solio;  
animarás las ruinas de Cartago,  
relevarás en Grecia el Areópago,  
y en la humillada Roma el Capitolio!*

(Olmedo, "Victoria de Junín".)